

Homilía de XXI Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2014 - 2015 - (Ciclo B)

“Tú tienes palabras de vida eterna”

Introducción

La liturgia de los domingos anteriores fijaba la atención en los signos que hacía Jesús: tomar, bendecir y repartir. Signos propios eucarísticos del capítulo del Pan de Vida.

En este domingo, el evangelio invita a manifestar públicamente las declaraciones de intenciones personales, familiares y sociales (1^a lectura).

Las palabras de Jesús son un revulsivo para el auditorio, crean una profunda crisis en el ambiente y obliga a los presentes a tomar una decisión: revisar la hoja de ruta de las relaciones con Dios y con los demás. Aceptar o rechazar a Cristo.

“¿También vosotros queréis marcharos?”, es la pregunta de Jesús que tiene como respuesta el dicho de Pedro: ¿a quién vamos a acudir?, y el de los israelitas: “Lejos de nosotros abandonar al Señor” y recordatorio de la Alianza: “Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo”.

Las preguntas de Josué y de Jesús, sirven para desenmascarar las ambigüedades en la relación con Dios y el prójimo.

El miedo a lo desconocido, al futuro, a la libertad y la responsabilidad que conlleva, obligan al cristiano de “siempre” a sumarse, al menos numéricamente, al seguimiento del Señor Jesús.

En cada historia está la presencia amorosa de Dios, (relación familiar ,2^a Lect.) y que para encontrarla basta con hacer un alto en el camino, repasar el paso histórico de Dios en la vida y asentir dicha presencia aceptando el modo de hablar de Cristo y responderle como Pedro: “Tú tienes palabras de vida eterna”.



Fr. Carlos Recas Mora O.P.
Convento del Santísimo Rosario (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Libro de Josué 24, 1-2a. 15-17. 18b

En aquellos días, Josué reunió a las tribus de Israel en Siquén y llamó a los ancianos de Israel, a los jefes, a los jueces y a los magistrados. Y se presentaron ante Dios. Josué dijo a todo el pueblo: «Si os resulta duro servir al Señor, elegid hoy a quién queréis servir: si a los dioses a los que sirvieron vuestros antepasados al otro lado del Río, o a los dioses de los amorreos, en cuyo país habitáis; que yo y mi casa serviremos al Señor». El pueblo respondió: «¡Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a otros dioses! Porque el Señor nuestro Dios es quien nos sacó, a nosotros y a nuestros padres, de Egipto, de la casa de la esclavitud; quien hizo ante nuestros ojos aquellos prodigios y nos guardó en todo nuestro peregrinar y entre todos los pueblos por los que atravesamos. También nosotros serviremos al Señor: ¡porque él es nuestro Dios!».

Salmo

Sal. 33, 2-3. 16-17. 18-19. 20-21. 22-23 R/. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren. R/. Los ojos del Señor miran a los justos, sus oídos escuchan sus gritos; pero el Señor se enfrenta con los malhechores, para borrar de la tierra su memoria. R/. Cuando uno grita, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias; el Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos. R/. Aunque el justo sufra muchos males, de todos lo libra el Señor; él cuida de todos sus huesos, y ni uno solo se quebrará. R/. La maldad da muerte al malvado, y los que odian al justo serán castigados. El Señor redime a sus siervos, no será castigado quien se acoge a él. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Efesios 5, 21-32

Hermanos: Sed sumisos unos a otros en el temor de Cristo: las mujeres, a sus maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia; él, que es el salvador del cuerpo. Como la Iglesia se somete a Cristo, así también las mujeres a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrirla, purificándola con el baño del agua y la palabra, y para presentársela gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inoculada. Así deben también los maridos amar a sus mujeres, como cuerpo suyos que son. Amar a su mujer es amarse a sí mismo. Pues nadie jamás ha odiado su propia carne, sino que le da alimento y calor, como Cristo hace con la

Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo. «Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y serán os dos una sola carne». Es este un gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Juan 6, 60-69

En aquel tiempo, muchos de los discípulos de Jesús, dijeron: «Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?» Sabiendo Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo: «¿Esto os escandaliza?, ¿y si vieras al Hijo del hombre subir a donde estaba antes? El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve de nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Y con todo, hay algunos de vosotros que no creen». Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar. Y dijo: «Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede». Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él. Entonces Jesús les dijo a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?». Simón Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios».

Pautas para la homilía

“Este modo de hablar es inaceptable”

Hoy en día muchos modos de hablar (por no decir todos) son “aceptables” dando como fruto pérdida de credibilidad en la palabra y de falta de coherencia entre lo que se dice y lo que se hace.

La confianza, consecuencia lógica de la coherencia entre dicho y hecho, mide el índice de adhesión a una causa, fortalece la fe en ella y aumenta el creer.

Los signos que Jesús hacía (y no olvidemos que sigue haciéndolos hoy) no bastó para que le siguieran sin dudas.

En el mundo de hoy el ruido, externo e interno (éste de manera más intensa) ahogan la palabra y consecuentemente la confianza y la credibilidad en ella.

Muchos, que dicen ser cristianos, no oyen ni escuchan esa palabra de Dios y no se plantean ni aceptarla ni rechazarla.

La escucha atenta (léase oración-estudio) del modo de hablar de Dios, origina en el oyente confianza en la persona que habla (Jesús y Josué) y en aquello que dice. Rompe la indiferencia.

En algún momento de la vida hay un Siquén donde se tiene forzosamente que tomar conciencia (individual y comunitariamente) de la liberación de toda esclavitud por medio de los “grandes signos” de ternura y misericordia de Dios y dar una respuesta consecuente a la pregunta “¿también vosotros queréis marcharos?” respondiendo “lejos de nosotros abandonar al Señor”, pues “Tú tienes palabras de vida eterna”.

No es tanto en el plano intelectual donde existe la dificultad de respuesta a las cuestiones del Señor, sino en el plano moral, en la demanda moral de Cristo, que obliga al cristiano a aceptar algo que puede (mejor dicho, casi seguro) complicarle la vida de manera existencial. La confianza en las palabras de Jesús, el paso de su vida por la historia del discípulo, impulsan a éste a un verdadero salto mortal, (con tentaciones de vacío) que únicamente al hacerlos vida compartida, notará apoyo en tierra firme en el salto.

El cristiano puede y debe ser fiel y leal con Dios; puede vivir con dignidad, a pesar de su debilidad; puede vivir bien la vocación que Dios le ha dado; puede ir alcanzando poco a poco la santidad, a la que está llamado. Con sus solas fuerzas, no puede, con la ayuda, que Dios, sí.

Decidido firmemente a no abandonar al Señor, el cristiano ha de evaluar periódicamente su hoja de ruta y corregir los desvíos que el mundanal ruido haya podido introducir. Revisar periódicamente la relación con Dios, la calidad de los lazos familiares, el comportamiento ético y moral, la solidaridad con los más necesitados, es no servir a dioses extranjeros y sí vivir el evangelio del espíritu que da vida.

“Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo consagrado por Dios” y por ello nuestra fe, la de la Iglesia, es una fe creativa, amasada con la humildad y la docilidad, que nos hace decir como a los israelitas “nosotros serviremos al Señor” (Josué, 24, 18).

La respuesta sincera de Pedro es señal inequívoca de un conocimiento profundo del apóstol hacia el Maestro. No son palabras huecas las de Jesús, a pesar de la dificultad de entenderlas, sino palabras que se prenden en esa hoja de ruta para convertirlas en normas de vida.

La convivencia con Jesús abre el misterio de Dios a la humanidad para engendrar vida en el mundo de la misma manera que el amor conyugal fundado en el amor de Cristo a su Iglesia (2^a Lect.) engendra vida en el mundo.

Cristo es el único que puede darnos el verdadero propósito para nuestra vida, si es aceptado y desarrollado por la moción del Espíritu de Dios en cada uno de nosotros.

Es necesario tomar una decisión fundamentada en la propia experiencia. Muchos abandonan lo religioso porque piensan que les irá mejor.

Y tú, ¿también quieres marcharte?

O ¿sigues a Cristo porque no tienes a quién acudir?

En cualquiera de los casos Él es la vida eterna.



Fr. Carlos Recas Mora O.P.

Convento del Santísimo Rosario (Madrid)

Evangelio para niños

XXI Domingo del tiempo ordinario - 23 de agosto de 2015



Discurso en la sinagoga de Cafarnaúm

Juan 6, 61-70

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, muchos discípulos de Jesús, al oírlo, dijeron: -Este modo de hablar es inaceptable, ¿quién puede hacerle caso? Adivinando Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo: - ¿Esto os hace vacilar?, ¿y si vierais al Hijo del hombre subir a donde estaba antes? El espíritu es quien da vida: la carne no puede nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Y, con todo, algunos de vosotros no creen. Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creerían y quién lo iba a entregar. Y les dijo: -Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede. Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron con él. Entonces Jesús les dijo a los Doce: - ¿También vosotros queréis marcharos? Simón Pedro le contestó: - Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos. Y sabemos que tú eres el Santo, consagrado por Dios.

Explicación

Jesús no retiene a su lado a sus amigos. Quien quiera irse que se vaya. Muchos le han tratado y luego se alejaron de El porque lo que ofrece no tiene nada que ver con el poder, la fama, el triunfo y el dinero. En este evangelio les dice a sus más íntimos :“Vosotros, ¿queréis marcharos también?”. Y Pedro le contestó: ¿A dónde iremos? En ti hemos encontrado ilusión y vida. Y se quedaron con él.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

VIGÉSIMOPRIMER DOMINGO ORDINARIO – CICLO “B” - (JUAN 6, 61-70)

NARRADOR: En aquel tiempo, muchos discípulos de Jesús, al oírlo, dijeron:

DISCÍPULO 1: "Este modo de hablar es inaceptable, ¿quién puede hacerle caso?"

NARRADOR: Adivinando Jesús que sus discípulos lo criticaban les dijo:

JESÚS: "¿Esto os hace vacilar?, ¿y si vierais al Hijo del Hombre subir a donde estaba antes?

DISCÍPULO 2: Maestro, quieres decirnos. ¿Se te ha ido la cabeza?

JESÚS: El espíritu es quien da vida, la carne no sirve de nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida. Y, con todo, algunos de vosotros no creen.

NARRADOR: Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar. Y dijo:

JESÚS: Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede.

DISCÍPULO 3: Este hombre no está en sus cabales.

NARRADOR: Y desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él. Entonces Jesús les dijo a los Doce:

JESÚS: También vosotros queréis marcharos?

PEDRO: Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos. Y sabemos que tú eres el Santo, consagrado por Dios.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández